

Esta es una pequeña muestra
del libro *Nombre sobre todo nombre*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2024 Poema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!

“Ningún tema bíblico o teológico cautiva mi corazón y estimula mi mente más que la gloria de Cristo. Un día, toda rodilla se doblará ante la sola mención de Su nombre. Si quieres entender por qué (y que tu propio corazón se llene de humildad y gratitud y se eleve en adoración), nutre tu alma con esta simple pero profunda muestra de quién es Jesús y lo que Él ha logrado”.

John MacArthur, pastor de Grace Community Church

“Como cristianos, nos resulta fácil hablar de la obra de Dios en nuestras comunidades y en todo el mundo. Es fácil describir nuestro crecimiento en Cristo y lo que estamos aprendiendo de Él. Pero ¿cuántos de nosotros simplemente nos deleitamos hablando de Jesús? El arte de contemplar la hermosura de Cristo, y de infundir esa admiración en la conversación cotidiana, es una disciplina en extinción. Pero en *Nombre sobre todo nombre*, mis amigos Alistair Begg y Sinclair Ferguson nos invitan a meditar de nuevo en nuestro maravilloso Salvador y en todo lo que lo hace hermoso y digno de alabanza. Recomiendo ampliamente este extraordinario volumen”.

Joni Eareckson Tada, directora ejecutiva del centro para la discapacidad Joni y Amigos

“¿Quién es Jesús? No hay pregunta más importante a la que pueda enfrentarse el ser humano. Alistair Begg y Sinclair Ferguson proporcionan una gran riqueza de conocimientos sobre Cristo al examinar cómo se presenta a Cristo en el Nuevo Testamento a través de una colección de imágenes exquisitas. Todo cristiano celebrará este libro ya que estos dos dotados autores nos llevan a una comprensión aún más profunda de quién es Cristo y lo que Él significa para nosotros”.

R. Albert Mohler Jr., presidente del Southern Baptist Theological Seminary; autor de *Hechos para ti*

“Nunca se tienen demasiados libros buenos sobre la persona y la obra de Jesucristo. Y este es un gran libro. Alistair Begg y Sinclair Ferguson tratan las doctrinas más importantes de la fe con claridad, fidelidad, perspicacia pastoral y buen humor. Los nuevos cristianos, los no cristianos y los cristianos de toda la vida se beneficiarán de estas magníficas exposiciones”.

Kevin DeYoung, pastor principal de Christ Covenant Church; autor de *Haz algo y No seas fiel a ti mismo*

“Para todos aquellos que, como yo, han pasado toda una vida en la iglesia escuchando los relatos bíblicos, pero solo han empezado a comprender la historia central de la Biblia, *Nombre sobre todo nombre* conecta los puntos de forma clara y encantadora. Dos sabios guías nos ayudan a ver a Jesús a través de las Escrituras, desde la promesa de Su venida como la semilla de la mujer en el Génesis hasta la promesa de Su venida de nuevo como el Cordero en el trono en Apocalipsis”.

Nancy Guthrie, maestra en Coalición por el Evangelio

Otros títulos de Alistair Begg:

Verdad para vivir, volumen 1

Verdad para vivir, volumen 2

Predicar para la gloria de Dios

Otros títulos de Sinclair Ferguson:

Solo en Cristo

El Cristo completo

La devoción trinitaria de John Owen

Lecciones del aposento alto

La grandiosa máquina del tiempo

NOMBRE

sobre todo

NOMBRE



ALISTAIR BEGG &
SINCLAIR FERGUSON



Mientras lees, comparte con otros en redes usando

#NombreSobreTodoNombre

Nombre sobre todo nombre

Alistair Begg y Sinclair Ferguson

© 2024 por Poiema Publicaciones

Traducido con el debido permiso del libro *Name above All Names* © 2013 por Alistair Begg y Sinclair Ferguson, publicado por Crossway.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de La Nueva Biblia de las Américas (NBLA) © 2005 por The Lockman Foundation. Las citas marcadas con la sigla NVI han sido tomadas de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional © 1999 por Bíblica, Inc.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, u otros, sin el previo permiso por escrito de la casa editorial.

Poiema Publicaciones

info@poiema.co

www.poiema.co

Impreso en Colombia

ISBN: 978-1-955182-94-2

SDG

A Derek Prime

Cristiano

Pastor

Ejemplo

Inspiración

Amigo

con afecto y gratitud

Contenido

Prefacio	9
1. Jesucristo: la Simiente de la mujer	13
2. Jesucristo: el Profeta verdadero	35
3. Jesucristo: el gran Sumo Sacerdote	53
4. Jesucristo: el Rey conquistador	75
5. Jesucristo: el Hijo del Hombre	99
6. Jesucristo: el Siervo sufriente	131
7. Jesucristo: el Cordero en el trono	157
Notas	181
Índice de las Escrituras	189

Prefacio



Este libro, como sugiere su título, es una breve exposición de lo que los cristianos suelen denominar “la persona y la obra de Cristo”. Se enfoca en algunas de las diferentes maneras en que la Biblia retrata la identidad de Cristo y describe Su ministerio. Los capítulos no son en absoluto exhaustivos. Abarcan solo siete de las muchas descripciones de Jesús que se encuentran en la Biblia, y ninguna de ellas se trata de forma profunda. Por ello, estas páginas pretenden ser un aperitivo, una exploración inicial. Nuestra oración conjunta es que ayuden a algunos que aún no son cristianos, que abran los ojos a los que ya lo son, que sirvan de estímulo a los creyentes maduros y que sean un placer para todos los que aman a Cristo.

No podemos afirmar que este sea un libro “especial”. Pero hay dos cosas especiales en él que pueden dar interés a tu lectura.

Por un lado, es la expresión concreta de una amistad que comenzó en los años setenta, cuando ambos éramos ministros muy jóvenes en Escocia, y que se ha extendido a lo largo de cinco décadas. Nacimos y vivimos los primeros años de nuestras vidas en la misma ciudad. Conocimos los mismos lugares, nos enseñaron los mismos salmos, himnos y cánticos espirituales, escuchamos a los mismos predicadores, desarrollamos una red de amigos comunes y, sí, incluso apoyamos al mismo equipo de fútbol y jugamos en algunos de

los mismos campos de golf. Ambos llegamos a Estados Unidos con pocos meses de diferencia, en 1983.

Por supuesto, tenemos personalidades diferentes y vivimos en nuestros propios mundos (uno se ha nacionalizado estadounidense, el otro no; uno toca la guitarra, el otro no; uno es bautista, el otro presbiteriano; uno vive en Cleveland, el otro en Columbia, etc.). Ambos tenemos nuestro propio círculo de amigos, así como círculos de amigos que se entrelazan. Pero a lo largo de estos muchos años hemos disfrutado de un tipo de amistad, estima y afecto mutuos que nos ha hecho sentirnos hermanos. Uno de nosotros nunca tuvo un hermano; el otro perdió a su hermano. Así que, en parte, este libro y su tema son expresiones de nuestra gratitud conjunta al Salvador en quien hemos disfrutado de tal amistad y del amor mutuo que compartimos por Su pueblo.

Pero, además, *Nombre sobre todo nombre* nos da la oportunidad de hacer algo de lo que hemos hablado a lo largo de los años: expresar de alguna manera tangible nuestra gratitud conjunta por Derek Prime, que ha sido para nosotros modelo de pastor, amigo y estímulo. Esto sería especialmente cierto para Alistair, que sirvió con Derek Prime en Charlotte Chapel, Edimburgo, de 1974 a 1976. Nuestro sentido de gratitud por la medida de cristocentrismo y semejanza a Cristo que hemos visto desplegada en su vida y ministerio hace que sea muy natural que le dediquemos este pequeño libro sobre nuestro Salvador y Señor.

El material de estas páginas comenzó a reunirse en su forma actual mientras nos preparábamos para una conferencia en la Segunda Iglesia Presbiteriana de Memphis, Tennessee. Estamos en deuda con esa congregación y con su ministro principal, Sandy Willson, por habernos dado la oportunidad de servirles juntos y de compartir con ellos parte del material en forma hablada. También estamos en deuda con la Sra. Eve Huffman por la ayuda secretarial sin la cual este proyecto nunca se habría completado.

Esperamos que estas páginas animen, instruyan, refresquen y desafíen a cada lector. Para que este texto sea más útil, en la práctica, para quienes solo tienen un conocimiento inicial de la Biblia, hemos incluido referencias a los pasajes o textos bíblicos de los cuales hablamos.

Pedimos un favor a nuestros lectores. De pie en varios púlpitos en nuestra tierra natal, Escocia, hemos visto a menudo palabras visibles para el predicador pero ocultas a la congregación: “Señor, queremos ver a Jesús” (Jn 12:21). Les pedimos que hagan de esta su oración cuando empiecen a recorrer estas páginas.

Alistair Begg
Sinclair B. Ferguson

Jesucristo: la Simiente de la mujer



A Jesucristo se le ha dado el nombre sobre todo nombre (Fil 2:9). Los nombres que le han sido dados comienzan en Génesis y culminan en Apocalipsis. Considerados en conjunto, expresan el carácter incomparable de Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. Reflexionar en estos nombres nos prepara para responder a las exhortaciones de la Escritura, para enfocar nuestra vista en Él y para meditar acerca de cuán grande es Él.

Ser capaces de pensar larga y amorosamente en el Señor Jesús es un arte en agonía. La disciplina requerida para meditar por un período prolongado de tiempo y ser cautivados por Él ha sido relegada a un lugar secundario en la vida cristiana contemporánea. Acción, en lugar de meditación, está a la orden del día. Tristemente, con mucha frecuencia, esa acción no está equipada con la gracia y el poder de Cristo.

Qué diferencia con el ejemplo de Pablo, para quien “vivir es Cristo” (Fil 1:21), o el del autor de la carta a los Hebreos, quien nos urge a “[considerar] a Jesús” (Heb 3:1).

Necesitamos aprender a recapturar tal cristocentrismo en nuestra era activista y ocupada. Muchos somos, por naturaleza, demasiado impacientes. Las herramientas más comunes de nuestras vidas,

las que usamos diariamente (la computadora y toda nuestra tecnología) simplemente aumentan nuestra impaciencia.

Solo puede hacernos bien, entonces, utilizar las pocas horas que tomará leer estas páginas enfocadas y remachadas a la persona y obra de nuestro señor Jesucristo.

El principio, como Julie Andrews nos recuerda, “es un muy buen lugar para empezar”. Génesis es el libro de los comienzos. Ahí podemos encontrar la primera pista de la venida de un Redentor. Él es la simiente de la mujer.

En el huerto

El título de este capítulo es extraído de las palabras que Dios habló en el huerto del Edén. Él se dirigió a la serpiente que había recientemente tentado a Adán y Eva a pecar:

Pondré enemistad
Entre tú y la mujer,
Y entre tu simiente y su simiente;
Él te herirá en la cabeza,
Y tú lo herirás en el talón (Gn 3:15).

El contexto es familiar.

Dios ha puesto a Adán y Eva en un hermoso huerto. Cada árbol en ese lugar es de hermoso parecer y sus frutos tienen un sabor delicioso. Pero hay un árbol acerca del cual Dios ha dicho: “Pero del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que de él comas, ciertamente morirás” (Gn 2:17).

El punto, aparentemente, no era que hubiera algo inherentemente venenoso en ese árbol particular. De hecho, es descrito en exactamente los mismos términos que cualquier otro árbol. No produce frutos horribles con aroma venenoso. No. La característica distintiva de este árbol es *lo que Dios ha dicho sobre él*. Porque el

Dios generoso, que les ha dado todo a Adán y Eva en ese huerto para que lo disfruten, también les ha dicho:

Ahora, prueben su amor por Mí, muestren su confianza en Mí y su obediencia a Mí como su generoso Dios, no porque puedan notar alguna diferencia entre este árbol y cualquier otro. Sino simplemente porque Yo, como su Padre, les he dicho: “Confíen en Mí y obedézcanme” con respecto a este árbol particular.

Es un llamado a la vida de fe que corre desde el inicio de la Biblia hasta su fin:

Confíen y obedezcan porque no hay otra manera de ser felices en Jesús, sino solo al confiar y obedecer.

Pero entonces apareció la Serpiente, cantando una canción diferente:

Confía en mí y obedece, pues no hay otra manera de ser feliz sin Dios, sino solo al hacer lo que te digo.

“¿Así que Dios los ha puesto en este huerto, lleno de estos árboles gloriosos y de esta deliciosa fruta, y entonces les dijo: ‘No coman de la fruta de *ninguno* de estos árboles?’”.

Por supuesto, Eva intentó discutir con la serpiente, pero falló y finalmente fue arrastrada a su razonamiento. Ella evaluó la importancia del árbol a través de sus ojos en lugar de hacerlo a través de sus oídos. En vez de escuchar *lo que Dios dijo de él*, ella pensó solamente en términos *de lo que veía*. Después de todo, se veía delicioso y atractivo. No había comprendido el principio divino: los creyentes “ven” con sus oídos, no con sus ojos, al escuchar la Palabra de Dios.

Este, por supuesto, es siempre el truco de la serpiente.

Sumado a esto, qué mejor manera de causar la caída de Adán que (como ella misma lo admite) engañando y luego usando a Eva. Satanás usó el mejor regalo que Dios había dado a Adán para ejercer influencia sobre él y arrastrarlo hacia el pecado. Y así, a su vez, Adán trajo la ruina al cosmos entero.

Dios llega y expone a la pareja pecadora. Ellos presentan excusas patéticas. El hombre culpa a la mujer. La mujer culpa a la serpiente.

Y entonces Dios pronuncia tres palabras de juicio (Gn 3:15-17).

1. Hay un juicio sobre Adán relacionado con su tarea de cultivar el huerto y su llamado de convertir el mundo entero en un huerto para Dios.
2. Hay un juicio sobre Eva relacionado de manera particular con la maternidad y su actitud hacia su esposo.
3. Hay un juicio sobre la serpiente.

De manera sorprendente, este juicio sobre la serpiente contiene una semilla de la gloriosa esperanza del evangelio:

Pondré enemistad
Entre tú y la mujer,
Y entre tu simiente y su simiente;
Él te herirá en la cabeza,
Y tú lo herirás en el talón (Gn 3:15).

Lectura en el camino a Emaús

Cuando rastreamos la manera en la que el Antiguo Testamento desarrolla este tema, estamos, en un sentido, tratando de escuchar a Jesús en persona, mientras Él habla con dos de Sus discípulos en el camino a Emaús, la tarde de Su resurrección (Lc 24:13-35). Estamos tratando de oír lo que Él dijo.

Los discípulos estaban confundidos, desconcertados y afligidos por la muerte de Jesús. Él los guio a las Escrituras: “¿No ven cómo estas Escrituras muestran que el Mesías sufriría, moriría, resucitaría y entraría en Su reino, y entonces extendería ese reino al mundo entero?”

Aparentemente, no lo veían.

Cuánto nos gustaría haber estado allí con un iPhone o un Blackberry listo para poder reproducir todos los pasajes del Antiguo Testamento sobre los que llamó la atención de estos discípulos. ¡Él claramente los tenía memorizados! Presumiblemente solo los acompañó en ese corto trayecto. Luego, durante varias semanas, Él siguió visitando a Sus discípulos y mostrándoles todas las maneras en las que el Antiguo Testamento apuntaba a Él (Hch 1:3).

Cuando nuestro Señor Jesús hizo esto, y siempre que lo hace ahora por medio de Su Palabra y Su Espíritu, suceden tres cosas:

- Primero, Él provee una *exposición* de las Escrituras.
- Segundo, Él trae *iluminación* a la mente.
- Tercero, Él crea *pasión* por Él en el corazón.

“¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros mientras nos hablaba en el camino, cuando nos abría las Escrituras?” (Lc 24:32). Esa fue la reacción de los dos discípulos cuando Él los dejó.

Esta es la función de cualquier estudio de la Biblia. Es lo que queremos que suceda cada vez que leemos lo que la Biblia tiene para enseñarnos acerca de Jesús. Leemos o escuchamos las Escrituras, y buscamos que el Espíritu Santo las ilumine. Cuando lo hace, nuestros corazones arden en nuestro interior. Están “extrañamente cálidos” (para usar palabras de John Wesley). Si hemos experimentado este ardor en nuestro corazón alguna vez, queremos que nuestros corazones ardan de la misma forma una y otra vez por el Salvador y Sus enseñanzas.

Si eso ha de suceder, no hay mejor lugar donde empezar que donde sospechamos que Jesús lo hizo, en Génesis 3:15, aquí en esta promesa del conflicto entre ambas simientes.

Los antagonistas son primeramente descritos como la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente. Pero el clímax del conflicto está destinado a ser más personal y más individual, entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente misma. El malvado antagonista final ya no es la simiente de la serpiente, sino la serpiente misma. Implícitamente, entonces, la simiente final de la mujer es también un individuo. Cada uno heriría al otro. Pero mientras la serpiente solo heriría el talón de la simiente de la mujer, la simiente de la mujer aplastaría la cabeza de la serpiente, un golpe que resultaría fatal.

Si se te entregara una tarjeta en blanco, y se te pidiera contestar la pregunta: “¿Por qué razón el Hijo de Dios se manifestó?”, ¿cuál sería tu respuesta? He aquí la respuesta del apóstol Juan:

El Hijo de Dios se manifestó con este propósito: para destruir las obras del diablo (1Jn 3:8).

Esta es la primera expresión del evangelio registrada en la Biblia. Juan vio la profecía de Génesis 3 cumplida en nuestro redentor Jesucristo. Cuando Cristo se manifestó, vino a deshacer lo que la serpiente había hecho. Por Su vida y ministerio y, finalmente, a través de Su muerte y resurrección, Él destruyó todas las obras del diablo.

¿Cómo iluminan estas palabras el ministerio de nuestro Señor Jesucristo?

Cuando pensamos en la salvación, usamos las palabras *perdón* y *justificación*, y es correcto hacerlo. Pero nota que no hay mención, en Génesis 3:15, de perdón o justificación. ¿No es importante? ¡Claro que lo es! Pero las palabras de Dios aquí ponen todo el énfasis sobre el conflicto (“Pondré enemistad...”) y, por lo tanto, en nuestra

necesidad de ser liberados de la esclavitud del malvado, para que no seamos ya prisioneros del “príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Ef 2:2).

Y entonces estas palabras, casi al inicio de Génesis, nos dan una importante visión del mensaje completo de la Biblia. Es una colección de libros que traza un conflicto cósmico, a lo largo de las épocas, entre dos “simientes”.

El protoevangelio

A Génesis 3:15 se le ha llamado desde hace tiempo el “protoevangelio”, es decir, el primer anuncio de las buenas noticias del evangelio. Contiene la más temprana promesa de la venida de Cristo, una profecía de que Su aparición será el clímax de un extendido conflicto. Observa cómo es expresado:

- a) Pondré enemistad entre tú y la mujer,
 - b) y entre tu simiente y su simiente;
 - c) Él te herirá en la cabeza y tú lo herirás en el talón.
- En la primera proposición (a), Dios declara la enemistad entre la serpiente y la mujer.
 - En la segunda proposición (b), Dios señala que esto continuará más allá del tiempo de vida de Eva e involucrará la simiente (descendencia) de la serpiente y la simiente de la mujer.
 - En la tercera proposición (c), Dios dice que la enemistad llegará a un clímax cuando la simiente (Él) de la mujer herirá (o aplastará) la cabeza de la serpiente. El conflicto termina en la victoria de la simiente de la mujer.

Así que hay una evolución en este versículo, desde la enemistad entre dos individuos (la serpiente y Eva), a la enemistad entre

dos líneas familiares (la simiente o descendencia) hasta el desenlace final: la descendencia o simiente de la mujer (singular) aplastará la cabeza de la serpiente.

¿Satanás?

No hay referencia a Satanás en Génesis 3. Pero cuando el resto de la Escritura describe lo que pasó aquí, es claro que detrás de la serpiente vemos la figura de Satanás.

Pablo se hace eco de Génesis 3:15 cuando les dice a los cristianos en Roma que “el Dios de paz aplastará pronto a Satanás debajo de los pies de ustedes” (Ro 16:20). Él recoge esta antigua promesa y la aplica a los cristianos en Roma. La implicación es que la serpiente en Génesis 3 es el portavoz de Satanás, y que el conflicto referido allí ha llegado a su clímax. Cristo lo vence, por lo tanto, también lo haremos nosotros.

Esto es expresado aún más vívidamente en el libro de Apocalipsis. El capítulo 12 nos da un cuadro dramático de este conflicto de siglos llegando a su clímax. Juan ve un gran dragón rojo que devora a la humanidad. Es “la serpiente antigua que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero” (Ap 12:9). Habiendo devorado espiritualmente a tantos de la raza humana, la serpiente del Edén ha crecido hasta convertirse en un gran dragón.

De hecho, la visión de Apocalipsis 12 es como una versión en película de Génesis 3:15. Somos invitados a mirar, dramáticamente, en alta definición, con efectos especiales de Technicolor, el conflicto profetizado que se desarrolla entre la simiente de la mujer y la simiente de la serpiente, y su resultado final.

Este es el argumento base de toda la Biblia. Aparece de manera embrionaria justo en el capítulo siguiente de Génesis. Un hermano (Caín) está en conflicto con otro hermano (Abel) porque el sacrificio de este último fue aceptable para Dios (Gn 4:1 ss). Los celos y el

asesinato son el resultado cuando la simiente de la serpiente (Caín) busca destruir la simiente de la mujer (Abel).

El mismo argumento se repite en la torre de Babel, cuando el hombre busca edificar su reino, en contra de Dios. Pero en Su soberano poder, Dios derriba ese reino y destruye su unidad (Gn 11:1-9). También tenemos la historia de Egipto contra Israel (Ex 1 – 12). La historia de Goliat contra David (1S 17:10, 45). Es la historia de Babilonia contra Jerusalén, de Nabucodonosor contra Daniel (Dn 1:1 ss). Es la historia de Satanás contra Jesús (Mt 16:21-23; Lc 4:1-13, 28-29, 31-37; 22:53; Jn 12:27-33; 13:2, 21-32), y de Poncio Pilato y Herodes buscando destruir al Salvador (Hch 4:23-28). Es la historia a lo largo de los evangelios y más allá. Los judíos procuran destruir a Jesús durante Su ministerio: “Ustedes son de su padre el diablo” les dice (Jn 8:44). Y es la historia de cómo la enemistad se vuelve contra la iglesia cristiana (Hch 7:54 – 8:3). Así, la historia de los siglos comienza a desarrollarse aquí, en Génesis 3:15.

Conflicto en curso

Necesitamos recordar este conflicto cuando leemos los evangelios. Es un importante tema de base en la vida y ministerio del Señor Jesús. Su presencia está a lo largo de cada página de la historia. Los evangelios son la historia del conflicto de Jesús contra la simiente de la serpiente, ya sea en la forma de demonios, en la incitación a la hostilidad contra Él, o en sus esfuerzos por reclutar para su servicio a Pedro y Judas, los discípulos de Jesús. En el resumido lenguaje del anciano Juan: “El Hijo de Dios se manifestó con este propósito: para destruir las obras del diablo” (1Jn 3:8).

Y así desde el principio hasta el fin, desde el huerto del Edén convertido en un desierto, hasta Apocalipsis 21 y 22, donde el desierto es de nuevo un huerto, toda la Biblia es la historia de este

conflicto. Fue prometido que duraría siglos, hasta que Cristo viniera, y entonces, en Su ministerio, entra en su fase crítica.

El Nuevo Testamento refleja esto en muchas diferentes maneras.

Recuerda como Pablo dice que cuando vino la plenitud del tiempo, Dios envió a Su Hijo. Él describe a Jesús en dos frases deslumbrantes: “Nacido de mujer, nacido bajo la ley” (Ga 4:4). “Nacido de mujer”, ¿está haciendo eco de Génesis 3:15? Seguramente, porque el linaje en otros lugares de la Escritura, es trazado a través de la línea masculina (Gn 5:1; 6:9; 10:1; Mt 1:1-17; Lc 4:23-38). Pero Dios había dicho que “la *simiente de la mujer* aplastaría la cabeza de la serpiente”. Pablo nos está diciendo, por así decirlo: “¿Ven ahora en la encarnación quién es realmente la semilla, el nacido de la mujer? No es otro sino el Señor Jesucristo”.

¿Podría ser esta la razón por la que el Señor Jesús se dirige a Su madre como “mujer”? Él hace esto en dos impactantes momentos, registrados exclusivamente en el Evangelio de Juan.

Primero, en la boda a la que Jesús asistió en Caná de Galilea, donde responde a la insistencia de María de que “haga algo” acerca del inminente desastre. El vino se estaba acabando. Pero Jesús contesta: “Mujer, ¿qué nos interesa esto a ti y a Mí? Todavía no ha llegado Mi hora”. Pero poco tiempo después Él convierte el agua en vino, Su primer milagro; ¡la primera muestra de Su gloria! (Jn 2:1-11).

Luego, en las últimas horas de Su vida, Jesús se dirige a Su madre nuevamente como “mujer”. Él está a punto de finalizar Su obra en esta tierra. En esa obra, Dios “habiéndolo despojado a los poderes y autoridades, hizo de ellos un espectáculo público” (Col 2:15). Mientras hace esto, mira a Juan y le encomienda a Su madre, María, a su cuidado, y entonces le dice a ella: “¡Mujer, ahí está tu hijo!” (Jn 19:26).

Los comentaristas siempre han encontrado difícil de explicar el matiz preciso de las palabras de Jesús. Parecen desentonar un poco. Después de todo, ¿cuándo fue la última vez que te dirigiste a tu

madre de una forma tan impersonal? Y si lo hicieras, ¿qué diría ella? ¿Te recordaría quién es ella? A nuestros oídos, hay algo brusco en tal lenguaje cuando es usado por un hijo respecto de su amorosa madre. Algunos comentaristas van demasiado lejos al decir: “No hay tensión aquí. Es algo muy común que Jesús hable así”.

Pero ¿lo es? Esta manera de tratarse entre un hijo y su madre no aparece en ningún otro lugar de los Evangelios. ¿Podría haber una razón más profunda por la cual Juan registra este lenguaje al inicio y al final del ministerio público de Jesús? ¿Está diciendo: “No ven lo que está pasando aquí? Jesús ve que Él es la simiente de la mujer que aplastaría la cabeza de la Serpiente”. ¿Le está recordando a Su madre acerca de Su destino dado por Dios? Después de todo, el Evangelio de Juan nos enseña que, en la cruz del Calvario, nuestro Señor Jesucristo, realmente, aplastó la cabeza de la serpiente. “Ahora”, dice, cuando los gentiles pidieron verlo, “ya está aquí el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (Jn 12:31).

Jesús se encuentra con el enemigo

Otro pasaje en el Evangelio de Juan encaja con esta perspectiva general, aunque no es fácil de interpretar.

En medio del discurso de despedida del Señor (Jn 13 – 17), le dice a Sus discípulos: “Levántense, vámonos de aquí” (Jn 14:31). Pero no hay indicación en el texto de ninguna relocalización o de movimiento alguno. Sin embargo, el lenguaje que usa Juan aquí era empleado fuera del Nuevo Testamento en un contexto militar, para marchar contra el enemigo. Quizá, entonces, Jesús no está diciendo: “Vengan, movámonos de aquí”, sino: “A la luz de todo lo que les he estado diciendo y todo lo que ha estado pasando, es tiempo para nosotros de marchar hacia el conflicto final contra los poderes de las tinieblas”, porque “esta [es la] hora y el poder de las tinieblas” (Lc 22:53). Sea que el grupo de discípulos físicamente dejara la

habitación en este punto, o no, Jesús estaba ciertamente entrando en terreno ocupado por el enemigo.

Y así los Evangelios parecen estar diciéndonos: “¿Puedes ver en el ministerio del Señor Jesús como esta promesa de conflicto se está acercando a su punto de clímax?”

Apocalipsis 12 es una expresión dramática de Génesis 3:15. En su visión, Juan ve que un niño que gobernará las naciones está por nacer. Pero un inmenso dragón está esperando a que salga del vientre de su madre. El dragón quiere devorar al niño. El dragón está explícitamente identificado con el Diablo y la serpiente de Edén (Ap 12:9). Todo esto recuerda demasiado a la vil y cínica matanza que Herodes ordenó contra los niños de la región de Belén (Mt 2:16-18). Había algo profundamente satánico en ese ataque, enfocado, como estaba, en la persona del Señor Jesús. La historia de la salvación es una historia de tiempos de guerra.

Las mismas realidades se expresan en la tentación de nuestro Salvador en el desierto (Mt 4:1-11; Mr 1:12-13; Lc 4:1-13).

El segundo Adán entra en la batalla

A veces cometemos un error básico cuando leemos las narraciones de la tentación. Asumimos que su propósito principal es enseñarnos acerca de *nuestras* tentaciones y cómo deberíamos resistirlas.

Cierto, el ejemplo de nuestro Señor al resistir las tentaciones nos ayuda a batallar contra nuestras tentaciones. Pero el punto no es decir: “Jesús fue tentado, y tú eres tentado como Él, así que responde a la tentación como Él lo hizo”. Eso convertiría Su tentación en un mero ejemplo para ser imitado. No, se nos dice que el Espíritu Santo *llevó* a Jesús, lo *impulsó* de hecho, al desierto para ser tentado.

La tentación de Jesús no fue una serie de eventos desafortunados que lo tomaron por sorpresa. Constituye una confrontación épica que tiene lugar dentro de la estrategia divina. Lo que vemos aquí es la obra de Jesús de conflicto, victoria y salvación. Él se enfrentó

cara a cara con Satanás. Él se manifestó como el nuevo hombre de Dios, el segundo Adán, para hacer lo que el viejo hombre, el primer Adán, había fallado en hacer. La pregunta es, ¿quién posee el reinado de este mundo? ¿Y cómo el reino de Dios será recuperado y establecido? Y la respuesta es que Jesús lo recupera en nuestro nombre y lo hace para agrado y placer de Su Padre. ¡Satanás será aplastado bajo Sus pies!

¡Oh amorosa sabiduría de nuestro Dios!
 Cuando todo era pecado y vergüenza
 Un Segundo Adán a la lucha
 Y al rescate vino.

¡Oh sabio amor! Esa carne y sangre
 Que fallaron en Adán,
 Lucha de nuevo contra el enemigo,
 Debe luchar y debe prevalecer.

Por eso Jesús experimentó una debilidad y un hambre tan abrumadores (en contraste con Adán, que disfrutó de abundancia). Por eso se enfrentó a la tentación en un desierto (no como Adán, situado en un huerto encantador y hospitalario). Por eso estaba rodeado de animales salvajes (no como Adán, de animales dóciles, obedientes, casi domesticados). Jesús, el Último Adán, tuvo que vencer en el contexto del caos que el pecado del primer Adán había traído al mundo.

Así pues, desde el inicio de Su ministerio hasta el final, Jesús marcha contra los poderes de las tinieblas. Prácticamente, justo después de las tentaciones, al comenzar Su ministerio público, tiene que enfrentarse a un nuevo ataque de actividad demoníaca en la sinagoga de Nazaret (Lc 4:16-30). Poco después se encuentra con un hombre en Gadara cuya vida está bajo alguna influencia externa

destruictiva y fuera de control. Vaga por las tumbas como un animal salvaje al que nadie puede dominar.

Jesús dice con ternura al endemoniado: “¿Cómo te llamas?”. Él responde: “Me llamo Legión... porque somos muchos” (Mr 5:9).

Una legión romana constaba teóricamente de unos cuatro mil o cinco mil soldados. El hombre está diciendo: “Miles de demonios han invadido mi vida”.

Pero escucha esto. Solo se necesita un demonio para destruir a un hombre. ¿Por qué, entonces, lo han invadido miles de demonios? Porque el Señor Jesús estaba allí. Ese es el punto. No se trata simplemente de un pobre hombre poseído por una legión de demonios. Eso sería un despliegue extravagante de fuerzas que Satanás nunca podría permitirse. No, no este hombre, sino la destrucción del ministerio de Jesús es el objetivo final.

La razón por la que hay tanta posesión demoníaca en el tiempo registrado por los Evangelios no es, como a veces se supone, que la posesión demoníaca fuera algo común entonces. De hecho, no lo era. Más bien, la tierra en ese período estaba invadida por demonios porque el Salvador marchaba hacia la victoria prometida en Génesis 3:15. Y todo el infierno se desató con el fin de resistirle.

La respuesta de los demonios a Jesús lo deja claro. Cuando se enfrentó al endemoniado en la sinagoga de Capernaúm, la reacción del espíritu inmundo fue: “¿Has venido a destruirnos?” (Mr 1:24).

Y luego, por supuesto, esta siniestra oposición tomó una forma más sutil en uno de los tres hombres que Jesús más amaba en el mundo, cuando Simón Pedro se hizo eco de la tentación de la serpiente al Salvador: “Jesús, no tomes el camino de la cruz” (Ver Mt 16:22-23).

Qué resolución la de Jesús, qué lucidez para oír en las palabras de Pedro el acento oculto del maligno y responder: “¡Quítate de delante de Mí, Satanás!” (Mt 16:23; Mr 8:33).

Un cambio de táctica

En la primera mitad del relato evangélico, hasta el momento en que Pedro confiesa que Jesús es el Cristo, Satanás intenta desviarle de la cruz. En el desierto le dice: “Jesús, no vayas a la cruz. Te daré los reinos con tal de que te inclines y me adores”. A través de Simón Pedro le dice: “No vayas a la cruz. Busca otro camino”. Los demonios parecen decir: “No vayas a la cruz”.

Entonces ocurre algo inesperado. La estrategia de Satanás cambia de dirección. Ahora trata de llevar a Jesús a la cruz lo más rápido posible. Ahora intenta alterar el tiempo de Dios para que la muerte de Jesús sea una terrible tragedia, no un obediente ministerio salvador. Ahora, en lugar de utilizar a un miembro inestable del grupo de discípulos (Simón Pedro), utiliza a su tesorero de confianza (Judas Iscariote). De hecho, sus compañeros discípulos confiaban en él tan plenamente que, cuando salió del aposento alto para traicionar a Jesús, varios de ellos pensaron conscientemente que iba a dedicarse al ministerio de la misericordia (Jn 13:29).

Satanás había utilizado a Simón Pedro, sin éxito. Pero ahora llegó a morar en Judas iscariote (Jn 13:27). Eso marcó el comienzo del conflicto final de Jesús. “Esto”, dijo a Sus captores en el huerto de Getsemaní, es “hora y el poder de las tinieblas son de ustedes” (Lc 22:53). Ese poder le destrozaría el talón. Pero en ese conflicto Él aplastaría la cabeza de la serpiente.

Así pues, toda la historia bíblica es un conflicto permanente. El relato evangélico nos lleva a su punto de crisis.

Victoria

¿Cómo aplasta Jesús la cabeza de la serpiente y destruye su influencia?

Donde Adán concedió la victoria a Satanás, Jesús resistió. La obediencia total a Su Padre marcó todo el curso de Su vida. Tres años más tarde, Jesús también fue llevado a un árbol. También Él se enfrentó a la tentación. Pero en Su caso, la tentación consistió en no

comer de su fruto venenoso. El obediente Último Adán revirtió la desobediencia del primer Adán.

Dios concedió a Adán y Eva el disfrute de comer la fruta de todos los árboles del huerto, excepto de uno. La fruta prohibida, como hemos visto, no era una fruta fea de aspecto siniestro y olor repulsivo. No, parecía deliciosa. Todo instinto decía, con respecto a ese árbol: “Este árbol, como todos los árboles del huerto, es atractivo a los ojos. Su fruto parece y huele delicioso” (Ver Gn 2:9).

¿Por qué, siendo el árbol del Edén tan atractivo, Dios había dicho: “No comas de este fruto”? El árbol puso a prueba la obediencia de Adán. Pero también le proporcionó un contexto en el que podía crecer en su relación con Dios. En realidad, Dios le estaba diciendo: “Adán, obedéceme en esto para demostrar que confías en Mí y me amas. Al hacerlo, crecerás en tu relación conmigo”. Por desgracia, Adán siguió el mismo camino que había recorrido su esposa por causa de sus sentidos: la vista, el olfato y el gusto, en lugar de la Palabra de Dios.

Cuando el segundo Hombre fue llevado al árbol del Calvario, se enfrentó a una imagen de espejo invertida de la tentación del primer hombre.

No había nada en el primer árbol que llevara a Adán a resistir instintivamente la tentación de comer su fruto de aspecto delicioso. Así que no había nada en el segundo árbol que atrajera a Jesús a comer su repulsivo fruto del abandono de Dios. Era un árbol maldito (Ga 3:13).

No había ni un hueso en el cuerpo de Cristo, ni una pizca de Su carne, ni un afecto en Su alma que pudiera estar instintivamente dispuesto a experimentar una sensación de abandono por parte de Dios. Todo en Él se encogía ante eso. Amaba a Su Padre.

Podemos decir más. Cualquier otra reacción que no fuera la de rechazar la muerte en el madero, por repulsiva, hubiera sido poco santa por parte de Jesús. Jesús fue llamado a experimentar algo de lo

que todo instinto en Él retrocedió. Jesús tenía que *NO querer comer* del fruto del árbol con todo Su ser, y sin embargo, estar *dispuesto a comer*. Quiso ser obediente cuando no quería ser abandonado. Tal fue el precio de nuestra salvación. No es de extrañar que Jesús orara: “Abba, Padre... Aparta de Mí esta copa” (Mr 14:36).

Podemos representar el contraste entre Adán y Jesús de la siguiente manera:

Dos personas:	El primer Adán	El último Adán
Dos lugares:	El árbol prohibido	El árbol maldito
Dos mandamientos:	¡No comas de ese fruto!	¡Toma de esa copa!
Dos deseos:	Quiere comer	No quiere beber
Dos acciones:	Desobediencia	Obediencia
Dos resultados:	Muerte	Vida

Es en este contexto en el que Pablo dice: “Él... [se hizo] obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil 2:8). Jesús quiso asumir la maldición divina, aunque todo en Él, todo deseo santo, anhelaba y merecía la bendición divina. Él tomó nuestro lugar: ¿quién puede comprender el misterio de Su sentimiento de desolación y separación de la gloria del cielo? Soportó la maldición, todo por amor.

En mi lugar, condenado estuvo
 Selló mi perdón con Su sangre
 ¡Aleluya! ¡Qué Salvador!

Pero hay más. Jesús hizo algo más de enorme importancia.

El desenmascaramiento

Jesús desenmascaró la mentira de Satanás.

Pablo describe la caída del hombre en estos términos: “Cambiaron la verdad de Dios por la mentira” (Ro 1:25). ¿Cuál era esa mentira? Esto, seguramente. La serpiente le dijo a Eva:

Tu Dios te ha puesto en este huerto. Te ha dado tantos árboles ricos y atractivos, tantos frutos deliciosos. Pero en realidad está diciendo: “Te estoy rodeando de todas estas cosas hermosas y deliciosas PERO *no debes tener ninguna de ellas*” (Ver Gn 3:1 ss).

¿Ves aquí la insinuación satánica? “Dios es cínico; no quiere lo mejor para ti, ni te da lo mejor. Está jugando contigo para Su propio placer malicioso. No te ama de verdad. Te desprecia”.

El resto es historia. Eva luchó contra la tentación, pero el pensamiento venenoso ya se había inyectado a través de su mente, ahora estaba confundida, en sus afectos y su voluntad. De ahí ha pasado a nuestro torrente sanguíneo. Ahora está en nuestro organismo. Es el torbellino dentro de nosotros que nos lleva a no creer y a no confiar en que Dios mismo y todo, absolutamente todo, lo que Él es, hace, dice, ordena y promete es bueno.

A veces, los no cristianos nos dicen: “El Dios en el que creo es un Dios de amor”. Pero ni ellos mismos lo saben. Porque el análisis de la Biblia es: “No: has cambiado la verdad sobre Dios por una mentira. No crees que Él es amor. No vivirías como vives si realmente lo creyeras”.

El corazón del evangelio es: en demostración de Su amor, el Padre celestial envió a Su Hijo único a morir en la cruz en nuestro lugar y por nuestros pecados. “Dios demuestra Su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro 5:8).

Solo la cruz demuestra en última instancia el amor de Dios por nosotros, y no las circunstancias providenciales de nuestra vida. No debemos dejarnos engañar pensando que si las cosas nos van bien, entonces podemos estar seguros del amor de Dios. Porque la vida puede parecer a menudo oscura y dolorosa. Las cosas no siempre nos van bien. Más bien, nos fijamos en el sacrificio de la cruz y en la demostración que Dios dio allí de Su amor. Esta es la prueba que necesito. Esta es la verdad que necesito oír para disipar la mentira.

Si Jesús ha muerto por mí, entonces puedo estar seguro de que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no se detendrán por nada (absolutamente nada) para hacerme bien:

El que no negó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también junto con Él todas las cosas? (Ro 8:32).

Observa cuán orientado al Calvario, enfocado en la cruz y centrado en Cristo es el evangelio. Pero el Calvario, con todo su oscuro significado de abandono, es aún más una plena revelación de gracia: Porque no es solo...

1. El punto más alto de la obediencia de Jesús. Él se volvió “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil 2:8).

También es...

2. El punto más alto del amor del Padre por Su Hijo encarnado. “Por eso el Padre me ama”, dijo Jesús, “porque Yo doy Mi vida” (Jn 10:17). El momento en que Él clama: “Mi Dios, me has olvidado, ¿por qué?”, es el momento en que Su Padre, a través de Sus lágrimas, canta:

Jesús mío, te amo,
 Sé que eres Mío...
 Si alguna vez te amé,
 Jesús mío, es ahora.

Todo esto ocurrió para aplastar la cabeza de la serpiente y exprimir de sus colmillos la mentira venenosa que mata todavía el corazón de un cristiano, y nos hace ser temerosos, creyentes llenos de duda.

Hay una nota más que añadir que parece arrojar luz sobre la obra de Cristo como semilla.

El cuidador del huerto regresa

Recordemos que Adán fue creado para ser: el cuidador del huerto.

Todo lo que Dios hizo era “bueno”, pero aún no era un huerto. Dios quería que Adán ejerciera Su dominio ampliando el jardín. Habiéndole dado un huerto para empezar, Dios estaba diciendo: “Ahora, Adán, te he dado un comienzo”. Así como podríamos decir a nuestros hijos: “Aquí tienes un comienzo. Ahora ve y haz el resto”.

Adán debía “convertir en un huerto” toda la tierra, para gloria del Padre celestial. Pero fracasó. Creado para hacer fructífero el polvo, él mismo se convirtió en parte del polvo (Gn 3:19). El jardín del Edén se convirtió en el desierto de este mundo. Pero ¿recuerdas también cómo recoge el Evangelio de Juan lo que sucedió la mañana de la resurrección de Jesús? Él era “el principio [de la nueva creación], el primogénito de entre los muertos” (Col 1:18). Pero María Magdalena no lo reconoció, sino que le habló “pensando que era el que cuidaba el huerto” (Jn 20:15). Pues, ¿quién más podría ser a esa hora de la mañana?

¿El cuidador del huerto? Sí, en efecto. Él es el Cuidador del huerto. Es el segundo Hombre, el Último Adán, que ahora empieza a restaurar el huerto.

Más tarde, ese mismo día, Jesús mostró a Sus discípulos dónde los clavos y la lanza habían sacado sangre de Sus manos y costado. La serpiente le había aplastado el talón. Pero Él había aplastado la cabeza de la serpiente. Ahora planeaba volver a convertir el desierto en un huerto. Pronto enviaría a Sus discípulos al mundo con la buena noticia de Su victoria. Toda la autoridad sobre la tierra, perdida por Adán, había sido recuperada. Ahora el mundo debía ser reclamado por Jesús, el vencedor.

En las escenas finales de Apocalipsis, Juan vio la tierra nueva que descendía del cielo. ¿Qué aspecto tenía? Un huerto en el que está el árbol de la vida (Ap 21 – 22).

Un día todo esto se cumplirá.

Así que la simiente ha llegado; Su talón derramaba sangre por haber sido herido. Pero la cabeza de la serpiente fue aplastada en el proceso. Jesús reina, y seremos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó (Ro 8:37).

Pero aún queda mucho camino por recorrer antes del final; y hay mucho más que aprender sobre Cristo si queremos conocerle plenamente. Ya hemos tenido indicios de lo que tendrá que ser: alguien que dice la verdad que contrarresta las mentiras de Satanás, es decir, un profeta; alguien que es capaz de asegurarnos que nuestros pecados son perdonados, es decir, un sacerdote; y alguien que es capaz de someternos y reinar sobre nosotros, es decir, un rey. Y mucho más.

Esperamos que hayas disfrutado de
esta pequeña muestra del libro
Nombre sobre todo nombre

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2024 Poiema Publicaciones

¡El evangelio para cada rincón de la vida!